

# El árbol del señor Notwisch

Alfonso Sanz

*autografía*

---

---

---

Dedicado a mi madre, quien me insufló el amor por la lectura,  
y a mi tío Emilio, quien hizo lo propio con la escritura.

---

---

Es bien sabido que el ser humano siempre intenta arreglar sus desastres cuando ya es demasiado tarde. Sólo un punto en nuestra vida, un suceso inevitable, es capaz de detenernos de tal manera que, o bien tengamos que tomar una pausa silenciosa y reflexiva, o bien nos desentendamos de nuestro entorno: la muerte. Sin embargo, pocos son los que se atreven a negar este suceso e intentar revertir lo que el tiempo ya arrastró. Pocos quienes tienen los arrestos suficientes para empujar las paredes de esta realidad y volver hacia atrás, echando el ancla en el pasado, para reparar sus errores. Hay quienes, siendo tan osados, han obtenido lo que querían, logrando que sus anhelos y deseos se materializaran y que sus aventuras llegaran a buen puerto. Y, aun así, incluso aquellos afortunados han acabado comprendiendo que, en esta vida, todo tiene un precio.

Un caso similar fue el del señor y la señora Notwish, herederos de grandes fortunas del Imperio inglés. Disfrutaron de una vida sin problemas ni objeciones. Jamás tuvieron que, debido a su inmensa fortuna, privarse de ningún bocado exquisito o capricho que les apeteciera. Así pues, gozaron de una vida a lo grande, digna y maravillosa, en todo el esplendor de la alta sociedad inglesa. Ya retirados, los Notwish disfrutaron de unos

---

años de acogedora calidez en su gran mansión, situada en una urbanización rica al noroeste de Londres.

Una pena, sin embargo, que todo cuento maravilloso tenga siempre sus sombras y agridulces. Y es que, a pesar de haber gozado de toda variedad de lujos, durante los últimos años, la señora Notwish comenzó a desarrollar dos terribles enfermedades de forma paralela; una de ellas, una extraña infección sanguínea que le llevó por el camino de la amargura ante los atónitos ojos de unos médicos confundidos. La otra, una sobrecogedora y fría soledad. El señor Notwish, encerrado en sus asuntos, había estado desatendiendo de forma descarada las necesidades de compañía de su estimada y anciana mujer. En vez de llevarla a cenar a lujosos restaurantes o pasear con ella por los distinguidos parques londinenses, el caballero prefería pasar el tiempo en la taberna local. Allí disfrutaba viendo desfilar jarras y jarras de cerveza mientras discutía pomposamente sobre la política exterior de su país y de cómo aquellos *extranjeros del tres al cuarto* intentaban abordar sus islas para usurparles el estilo de vida que tanto codiciaban. Sus reuniones diarias consistían básicamente en beber, soltando algún que otro impropio sobre el reciente incremento de la inmigración y mostrando con orgullo sus posiciones conservadoras. De esta manera, pasaron los días, uno tras otro, a la vez que tanto una como otra enfermedad asolaban la tranquilidad de la señora Notwish, privándola de sueño y descanso.

Por lo menos –así lo pensaba ella– aún mantenían la costumbre de dormir en la misma cama. Antes de dormir, la señora Notwish tenía por costumbre leer libros de Historia sobre